



CAPÍTULO V

En libertad

Los fugitivos metieron espuelas á los *cuaços*, y al galope tendido se entraron por una senda blanca y arenosa que se prolongaba como cinta enorme hasta llegar á perderse de vista. Sentían que el viento, impregnado de humedad, saturado de emanaciones vegetales y ozonizado por la tempestad, les penetraba en los pulmones como una caricia, levantaba las crines de los caballos y ponía en tensión los sombreros, que parecía iban á romper los barboquejos que les impedían volar en una fuga loca... A veces pasaba la ráfaga y se oía claramente el golpeteo de los callos de las bestias sobre el suelo de tepetate bruñido; á veces se escuchaban como alaridos de fieras enjauladas, á veces ruidos de torrente, en ocasiones murmurar de músicas arcanas que

se deslizaban entre los carrizales de una acequia: era el viento, el viento siempre clamoroso, mas ora dulce, ora gárrulo y ora tremendo...

— ¿Cuánto dista de aquí el río? preguntó Porfirio.

— Muy poco, mi jefe: á las siete ya lo estamos viendo, respondió el guía.

— Pues á darle, que no estaremos á salvo hasta que lo hayamos pasado.

Y siguieron al galope llenos de ardor y deseos de alcanzar lo más pronto posible las riberas del Mixteco.

Al salir de un bosquecillo les sorprendió la aurora, aurora de tiempo de aguas, húmeda, opaca, risueña si se miraba el torrente que corría desgranando perlas y rimando risas, ceñuda si se veía el bosque envuelto en un halo de neblina semejante al velo de tul de una desposada. Treparon por una lomita pedregosa cerca de un barranco, y al acabar de subirla miraron al sol que rodeaba con un resplandor de fuego á una casita blanca trepada sobre la arista de la ladera.

A las seis y media, la presencia de los vapores del río les probó que estaba cerca lo que ellos consideraban la salvación, y no se dieron punto de reposo hasta que llegaron á la orilla, que se encontraba todavía solitaria y sin movimiento. Pancho hizo señas al barquero; el vejete que manejaba la canoa desprendió las amarras, dió un golpe de remo, se cogió del calabrote que estaba

tendido de orilla á orilla en sendas estacas clavadas en las dos márgenes, y auxiliado de dos muchachuelos que le ayudaban á mantener la balsa en buena posición, se acercó á donde esperaban Pancho y el guía con los caballos ya en pelo y prontos á meterse al armadijo.

Porfirio no les imitó; vió la hora, que era la de las ocho, quitó el freno al caballo, le dió una palmada en el anca, le hizo penetrar poco á poco en el río y en seguida se echó á nadar, llevando cogida la crin de la bestia con una mano y puestas en lugar seco y seguro las monturas y las armas.

Al saltar á la margen, Porfirio aderezó la silla, los compañeros procedieron á arreglar cuanto necesitaban y nuevamente salieron á galope en dirección al pueblo de Coayuca.

— Aquí debía aguardarnos, dijo el jefe, el coronel Bernardino García con su guerrilla; pero como yo le había citado para el diez y seis y estamos á veintiuno, no debe de estar aquí. Sin embargo, es bueno que el guía, que conoce el terreno, vaya al pueblo y averigüe si hay en él algunos soldados republicanos.

Obedeció el guía, y Porfirio y su ayudante se metieron en un bosque no muy frondoso que á la izquierda del camino se parecía.

— Aquí aguardaremos, exclamó el caudillo, y si usted no lo lleva á mal, comeremos un poco de ese pollo que

me ofreció antes de pasar el Mixteco. Tripas llevan pies.

Sacó el de Olivos unas árguenas y sin reparar en que todavía guardaba huellas de sangre, cortó con el cuchillo los bramantes que sujetaban el costal: luego extrajo una



servilleta blanquísima, una gallina que delataba en lo dorado del pellejo una larga intimidad con el fuego y un caudal de carne y de grasa que hacían agua la boca; un vaso, una botella de aguardiente, dos cuchillos y dos tenedores.

— A la mano de Dios, exclamó el general; ya se sen-

tía la necesidad de estas cosas: el aire de la mañana me ha despertado un apetito que da la hora... A ver si así me recobro un poco, que no será remota una fiebre si me quedo con esta ropa mojada... Salud... ¡Pobre caballito! estoy resuelto á sacrificarle y no es difícil que le pierda; después de una entrada así tiene que asentársele, bien que él está todavía guapo y resistente... Y á todo esto, ¿qué significaba aquel espectáculo que me recibió en la casa? ¿A quién asesinó usted?

Pancho refirió brevemente lo acaecido, y al concluir preguntó al jefe:

— Mi general, ¿y cómo se escapó usted?

Sonrió Porfirio, hizo un ademán como para significar que el relato era cosa muy larga, é iba á empezar cuando vieron venir á un viejecillo de sombrero ancho, blanco como algodón, arrugado como pasa, encorvado como huizache, que se dirigía á ellos enarbolando un bastón que llevaba en la mano.

— ¿Quiénes son ustedes? preguntó. ¿Son gente mala?

— Señor alcalde, respondió con mansedumbre el prófugo, este mancebito y un sujeto que quedó atrás me acompañan en mi viaje.

— ¿Y qué viaje es ese? dijo bajando el garrote; pero mirando con recelo al general al través de un cobertizo de cejas blancas y erizadas.

— Vamos á comprar ganado á la costa, explicó Por-

firio conservando urbanamente el sombrero en la mano.

Guardó silencio el alcalde, miró fijamente al que le hablaba, miró al compañero, miró al suelo, y al fin, poniéndose un dedo en la frente, exclamó con regocijo:

— ¡Bendito sea nuestro Señor, que le ha permitido fugarse, mi general!... Ya era tiempo... ¡Bendito sea Dios!... ¿Conque libre su mercé?... Pues se las ha pegado á los malditos austriacos... Me alegro mucho; que se fastidien, que se arruinen... ¡Pero, si se han echado ustedes en el cuerpo una barbaridad de leguas!... Es menester que descansan, porque si no, no pueden seguir. Aquí, en Coayuca (y señalaba el frondoso pueblecito que tenía á sus pies) reposan el día de hoy y mañana están al pelo. ¿Qué dice? Al fin que allí viene su compañero y no hay temor de que se pierda. ¿Qué dice usted?

— No, señor alcalde, replicó Díaz, que no había confirmado ni denegado su identidad; tenemos jornadas precisas que hacer, y nos trastornaríamos, no con la pérdida de un día, sino con la de un rato.

— Pues aunque sea á almorzar, señor.

— No podemos, no podemos.

— Como ustedes quieran.

No había andado un tiro de piedra el alcalde, cuando los fugitivos escucharon una balacera muy nutrida. Creyeron que aquel ruido sería por las detonaciones de fuegos artificiales; mas á poco vieron fogonazos y sintieron

silbar los proyectiles. Era que se había trabado un combate en el centro del lugar donde había caído un escuadrón imperialista, sorprendiendo á otro de la guerrilla que lo ocupaba.

Entonces caminaron á campo traviesa, dirigiéndose á escape á una colina separada de la ruta general. Por allí siguieron sin ser molestados hasta el rancho de García, que distaba unas cuantas leguas.

* * *

A la puerta del rancho, rodeados por el silencio imponente de la naturaleza en reposo, oyendo de cuando en cuando el ladrar de los perros, que parecían responderse de choza en choza, y mirando el temblar de las estrellas, que semejabán ojos curiosos que espíaran hacia el suelo, Porfirio habló así:

— Ya le había escrito á Juárez que me fugaría el quince, que cabalmente es el día de la independencia y el día de mi santo; pero la prisión de usted vino á trastornar mis planes, y todo quedó aplazado para ocasión mejor.

Guardaba como oro en paño las sogas que usted me había llevado, y la tarde de ayer las saqué del cuarto envueltas en un lienzo gris. Guillermo Palomino y Juan de la Luz Enríquez, que sabían mi secreto, convidaron á jugar baraja á todos los compañeros de prisión, y entrete-

nidos en ganar mi plata dejé á aquellos excelentes camaradas, que no se figuraban que á la hora que ellos se distraían apostando camoninas, tecolotes y *todos menos*, su general apostaba la vida á pocos pasos de ellos.

Vigilaban el corredor dos centinelas que se topaban en el rincón, volviendo en seguida á empezar su carrera. Tuve que detenerme hasta que los dos guardianes se encontraran en los extremos de los corredores y de espaldas á la azotehuela destechada que usted conoció. Cogí la bola que había formado con tres sogas y la arrojé al techo; con la otra, que tenía en la mano, tiré un lazo á la canal de piedra que formaba la esquina. No sabe usted el trabajo que me costó coger la canal; la noche parecía metida en tinta negra y apenas me alumbraba la luz de alguna estrella que se había escapado de que la tapara el toldo de nubes que cubría el cielo... Al fin pude lazar la gárgola y luego que me hube cerciorado de su resistencia, trepé por la cuerda á la azotea; recogí la que me había servido para subir y guardé el envoltorio de las otras que había echado previamente.

Entonces empecé á marchar por una serie de bóvedas: por una parte había el riesgo de que me viera el destacamento de la azotea de San Roque, por otra llevaba el de despeñarme desde la altura hasta el suelo. Tomaba descanso en la intersección de cada bóveda; pero apenas empezaba á subir otra y tenía que agacharme, que desli-

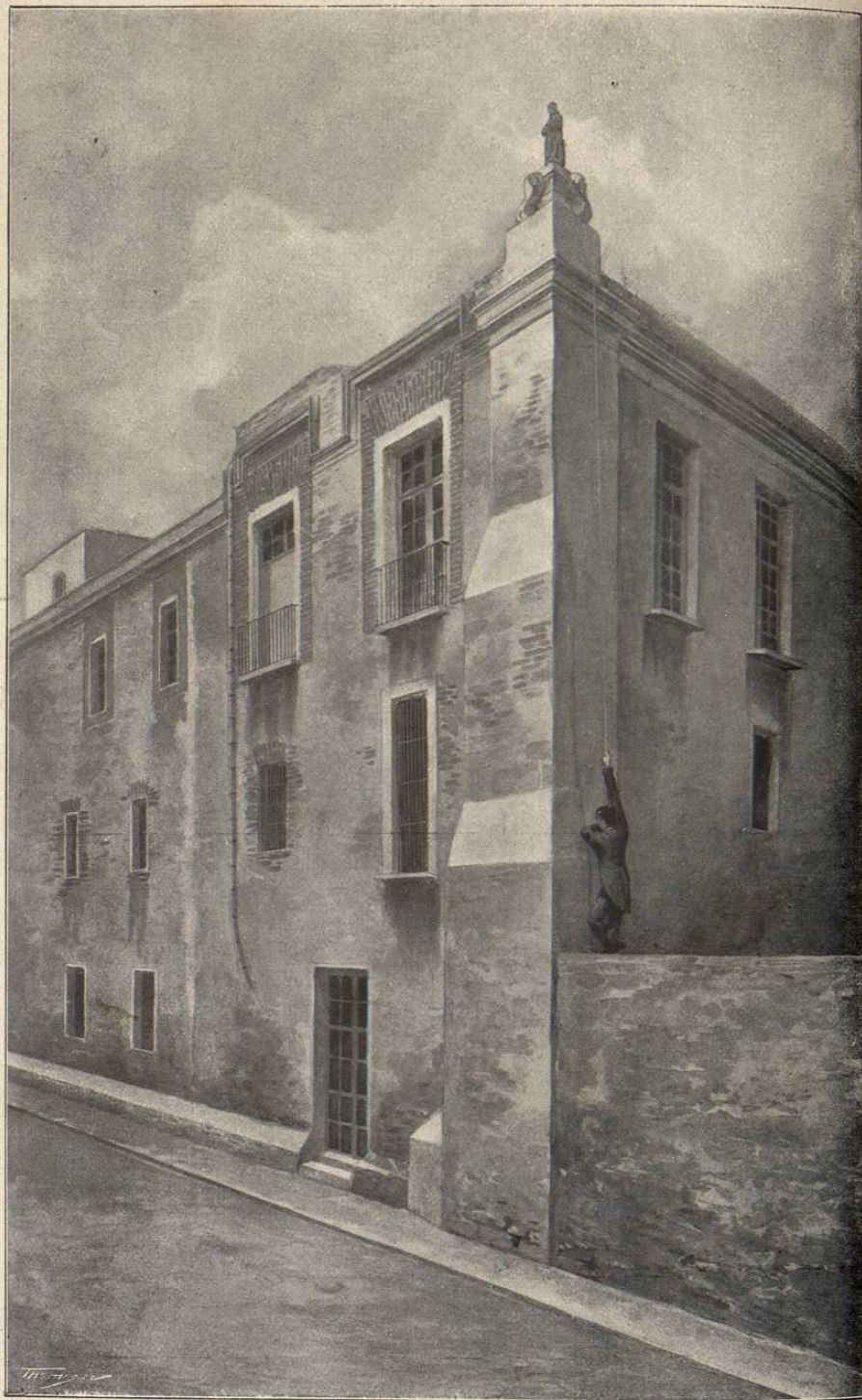
zarme, que arrastrarme, pues el centinela me habría visto y en seguida me habría hecho fuego... Empezaban á iluminar el aire muchos relámpagos que me permitían darme cuenta del lugar en que estaba colocado el centinela, distinguir su arma y hasta el color de su uniforme; pero que á él también le habrían consentido mirarme y dar la voz de alarma. Me tropecé en los pedazos de vidrio que tapiaban la azotea, hice ruido y tuve que detenerme; sólo me tranquilicé cuando me persuadí de que el soldado se metía á su garitón, instante que aproveché para llegar hasta el muro del templo.

El centinela no podía verme allí; yo sí podía ver que estaba echando unas yescas y avivando el fuego con el chupar del cigarro que le iluminaba á ratos el semblante.

Libre ya del centinela, seguí de pie por la azotea y observé una insolente bocanada de luz que salía de un gran cierre de cristales. Calculando, llegué á pensar que aquello era el cuerpo de guardia, y quise enterarme de si había alguna alarma por mi evasión; mas como el techo era inclinado y estaba resbaladizo por las lluvias, rodé por la azotea y estuve á punto de caer al precipicio. Detuvieron mi caída los cristales de la ventana iluminada, que por cierto eran muy débiles, y un buen rato permanecí con el cabello crispado y el aliento suspenso, seguro de que si no me había hecho pedazos en el suelo, no tardarían en subir á buscarme los oficiales que habían escu-

chado aquel extraño rumor. Felizmente deben de haber confundido el golpe que produjo mi cuerpo con el retemblar de los vidrios por causa de un trueno repentino que anunció la lluvia inmediata. Los oficiales estaban de pie y hacían los honores á un viejo barbudo, antipático y de aspecto manducón: era el conde de Thun, que de seguro andaba visitando los cuarteles y puestos en que hubiera fuerza armada. No sabe usted el deseo que sentí de dar voces gritándole que ya había cumplido lo que él me había propuesto de burlas; pero como todavía me faltaba el rabo por desollar, me contenté con contemplarle un buen rato, lo mismo que á los otros oficiales que habían escondido á toda prisa las botellas y los naipes con que entretenían sus ocios forzados. Entonces recordé que había escrito dos cartas, una dirigida al de Thun avisándole mi fuga, y otra al buen barón de Csismadía, dándole las gracias por la generosidad de que usó conmigo y haciéndole presente que lo que no habían conseguido su bondad, sus amplias concesiones y su espíritu fraternalmente militar, lo alcanzaban los rigores tontos y las suspicacias inútiles del ridículo conde de Thun.

Convencido de que llevaba las cartas, seguí por la azotea de la casa del capellán de San Roque, el mismo honrado eclesiástico que denunció la fuga de los sujetos que según sus enemigos estaban de acuerdo con usted para hacerles escaparse. Cuando acababa de bajar á la azote-



Era peligroso bajar desde luego á la calle.

huela llegó un joven que á la cuenta habitaba en la casa del capellán y que probablemente venía del teatro, pues llegaba alegre y tarareando un airecillo de zarzuela. Se metió á su habitación y no tardó en salir con una vela encendida. A poco volvió pasando á mi lado, por cierto que pesqué algunas palabras de lo que canturreaba: era la polca de las monedas de *La Cola del Diablo*.

Cuando consideré que había tiempo de que se hubiera acostado, y quizás estuviera dormido, ascendí á la azotea frontera del convento, por el lado opuesto al que me había servido para bajar, y seguí mi camino por ella hasta la anhelada esquina de San Roque.

Desde abajo se ve, y usted debe de haberla visto, una estatua de San Vicente Ferrer, hecha de cantera y que de cerca parece un horrible monigote sin figura y sin forma: parece una excrecencia más en aquel conjunto de pedruscos poco ó nada labrados. El santo se tambaleaba de los pies á la cabeza; su corona de hojalata zumbaba por el viento y repercutía con la lluvia que empezaba á caer en goterones. Afiancé el lazo, até los otros tres, y viendo que la extremidad de la soga arrastraba por el suelo, la subí de nuevo cortándole un buen trozo. Era peligroso bajar desde luego á la calle, pues había riesgo de que algún transeunte me viera á su paso. Quise, pues, descender á un corral que ignoraba estuviera ocupado por una engorda de puercos. No me faltaban las fuerzas; pero ocu-

pado en oír el chirriar de la reata y pensando que la estatua de San Vicente podía desprenderse de su pedestal, olvidé la daga que usted me procuró y que llevaba en la cintura. Debe de haberse desprendido el puñal y de seguro hirió á alguno de los de la vista baja, porque se promovió en el chiquero la algarabía más espantosa que usted puede imaginarse. Bajé con precauciones á fin de que no me atropellaran (que para atropellos de marranos basta con los de la gente gabacha). Me aguardé á que cesaran los gruñidos, que podían denunciarme y hacer que ocurrieran los que cuidaban á la piara, y trepé de nuevo la cerca decidido á salir á la calle. La de malas: en el momento en que iba á saltar vi á un sereno que pasaba haciendo su ronda, empujando puertas y ventanas y examinando cerraduras. Esperé á que el guardián se alejara, coloqué mis cartas en el extremo de la cuerda, salí á la calle y fuí á donde usted me aguardaba.

Cuando acabó Porfirio su relato era media noche cerrada, y un octante de luna que apareció entre los montes semejava una segur de plata abandonada por un segador celestial, encargado de recoger las plantas cuyas eran las flores de luz que abrían inquietas sus corolas en la altura.



CAPÍTULO VI

La convalecencia

A PENAS había cesado de hablar Porfirio, cuando le anunciaron la visita de algunas personas que querían saludarle.

— ¿No teme usted, mi general, que sea gente que trate de cogerle?

— En la casa de un amigo, yo no temo á la traición: la hospitalidad me escuda.

Eran los que llegaban diez sujetos de diferentes trajes y cataduras, que al ver á Porfirio le abrazaron con cariño y empezaron á celebrar la liberación del jefe con frases sencillas y llanas. El caudillo se dejó abrazar de aquellos hombres, que eran nada menos que las autoridades de los lugares vecinos, y sin que él lo pidiera le ofrecieron armas, hombres y víveres.